

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA 2017

JULIÁN GARCÍA TORRELLAS



**DÍA 31 DE MARZO DE 2017
IGLESIA DE SAN FRANCISCO
21.00 HORAS**

Hace poco más de un mes, cuando un miembro de la Hermandad de Cofradías me insinuó que iba a ser propuesto para pregonar la Semana Santa, me sentí sorprendido.

Semanas después, cuando la Hermandad me confirmó esa invitación y consiguió mi compromiso de aceptar la misma, me sentí asustado.

Y hoy, que he de pronunciar el pregón, me siento abrumado. Abrumado por la responsabilidad de cumplir con corrección este compromiso con el que la Hermandad de Cofradías me ha honrado.

Así, pues, vayamos a desempeñar de la mejor forma posible la tarea encomendada.

Dentro de siete días comenzará la Semana Santa de 2017. Y al igual que se viene haciendo desde hace muchos siglos, se volverán a vivir unos días en los que se reproducirán los actos y las escenas de la Pasión, siendo su parte más visible los desfiles procesionales; que no son más que la auténtica representación por nuestras calles de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. Aunque, hoy en día esa parcela de la Semana Santa sea vista por muchos ojos y mentes con unos objetivos que poco o nada tienen que ver con su razón de ser.

La Semana Santa y sus desfiles procesionales forman parte de la ciudad, porque la protagonizan sus vecinos. Y la historia de estos desfiles no puede ser entendida sin la historia de la ciudad.

Las celebraciones de la Semana Santa han ido parejas en algunas de sus manifestaciones con la propia evolución de la sociedad. Y la representación de la Pasión en la calle a través de las procesiones también ha tenido su desarrollo y evolución.

Mientras que todos hemos visto el gran impulso que los cortejos procesionales han tenido en Palencia en las últimas décadas, no puede obviarse que hubo otros tiempos en los que la religiosidad de estos días se manifestaba con más cultos y muchas menos procesiones, con más silencio y más penitencia.

Como si abriéramos una de las puertas del *Ministerio del Tiempo*, les invito a que juntos nos traslademos a un año inconcreto de hace más de un siglo para conocer la Semana Santa y la ciudad de Palencia en un pasado que no sólo es historia y memoria, sino también presente; porque es preciso saber de dónde venimos para comprender dónde estamos y prever hacia dónde vamos.

La Semana Santa llega precedida por ese tiempo litúrgico de conversión que es la Cuaresma, la cual es un tiempo de reflexión, de penitencia y conversión espiritual. Un tiempo, como hace poco decía nuestro obispo, para pasar la ITV espiritual

Con la llegada de la Cuaresma y la posterior Semana Santa la vida cotidiana se trastocaba en aquella Palencia de cambio de siglo.

Había que penitenciar para salvaguardar las buenas conciencias y rescatar a las que se habían descarriado. Y el poncio de turno –el gobernador civil- recordaba por circular a todos los alcaldes, que “*para observar los preceptos divinos y eclesiásticos, mirando siempre al tiempo de Cuaresma como Santo, y porque las cosas santas, santamente se han de celebrar, hay que abstenerse de funciones profanas y apartarse de pasatiempos impropios de un tiempo santo como son los bailes y otras diversiones*”, por lo que los mismos quedaban prohibidos durante todo el tiempo de Cuaresma y Semana Santa.

Así era cómo el pueblo católico, por imposición gubernativa, abandonaba en estos días sus ocios y sus malas costumbres, y los permutaba por un tiempo dedicado a la reflexión sublime de la religión con su presencia y participación en los numerosos actos litúrgicos y penitenciales que se celebraban.

La Cuaresma era ese tiempo en el que las distintas cofradías de la ciudad anticipaban la llegada de la Semana Santa celebrando sus triduos, quinaros, septenarios, octavarios y novenas.

Y tras la Cuaresma llegaba la Semana Santa, a la que se llamó de las Vigilias y a la que en otros tiempos la Iglesia también nombró como *Semana Penosa, Días de Dolores, de Cruz y de Suspiros* o *Semana Laboriosa de Trabajos y de Indulgencias*. Distintos nombres, variados apelativos para nombrar una semana agridulce de alegría y de dolor.

Porque las puertas de la Semana Santa se abren con una jornada de júbilo para la Iglesia con la celebración del Domingo de Ramos. Y se cierra con otra jornada de alegría con la Resurrección.

Era un tiempo en el que el aspecto de la ciudad se puede decir que en aquellos días de la Semana Santa, sobre todo a partir del Miércoles Santo, era anormal.

Los templos se llenaban de fieles porque los actos de la Semana Santa recuerdan los sacrificios, dolores y humillaciones de Jesús de Nazaret.

Estamos en Domingo de Ramos. Una mañana esplendorosa en la que los ramos y palmas emulan el recibimiento de Jesús en Jerusalén. Pero en las calles de Palencia no hay procesión.

La Borriquilla hace décadas que no desfila por las calles. El viejo paso que representa a Jesús a lomos de una borrica está tan deteriorado que ya hace muchos años que no sale en procesión. Y no será hasta 1928, cuando restaurada la imagen, el ciclo procesional palentino vuelva a tener el recorrido por sus calles de una procesión el Domingo de Ramos.

Domingo santo que comienza en el templo de San Pablo a las cinco y media de la mañana con el rosario de la aurora. Domingo en el que la catedral se convierte en epicentro litúrgico durante todo el día con misa a las nueve de la mañana con la bendición de los ramos, posterior procesión por el interior de la catedral y sermón del obispo.

Y a continuación, la celebración de la misa solemne en el altar mayor; simultánea con la que llaman misa de postre en el trascoro, ante la bajada a la cripta de San Antolín, porque la feligresía llena la catedral y no todos pueden seguir la misa principal.

Por la tarde, las naves del templo catedralicio vuelven a llenarse por la masiva asistencia de gentes que asisten al canto de la Pasión y a la procesión denominada del Pendón o Vexilla Regis; tradición que se ha perdido en nuestro ceremonial de la Semana Santa.

Y por medio, entre las misas matinales y las liturgias vespertinas, si la jornada es bonancible en lo meteorológico, la mañana del domingo tiene un realce especial en el paseo por la calle Mayor.

Durante algunos años, el Domingo de Ramos es la jornada en la que los reclutas del Regimiento de Talavera realizan su jura de bandera. Es un acto que a veces se celebra en el propio cuartel, y en otras ocasiones en la plaza de la Maternidad o en El Salón.

Se trata de un acto castrense y patriótico que da un aire especial y festivo a la ciudad de principios de siglo, donde su calle Mayor se anima con un inmenso gentío en un Domingo de Ramos del que se dice que quien no estrena algo no tiene ni pies ni manos, y en el que se mezclan los uniformes militares, los nuevos tocados femeninos y el abrigo de estreno con los más simples y raídos ropajes de quienes prefieren ser observadores antes que ser observados; porque, por tener, lo único que

tienen es hambre y miseria. Y si en este día hay algo en común entre pobres y ricos, es que ambos llevan en la mano un ramo bendecido.

Con la festividad del Domingo de Ramos la Palencia de los albores del siglo XX ha iniciado su Semana Santa y se encamina hacia el Triduo Pascual.

Jueves y Viernes Santos serán días de silencio, recogimiento, oración y penitencia. Las campanas de parroquias y conventos quedarán mudas en sus torres y espadañas. Se impondrá el luto y se vestirá de negro. Las banderas en los edificios oficiales ondearán a media asta. Se lucirá la mantilla o la cabeza se cubrirá con velo. Y el río humano de propios y foráneos recorrerá como cada año un camino serpenteante de calles y callejas para recorrer iglesias y capillas con fe, recogimiento y fervor, depositando ante sus altares oraciones y plegarias.

Por las calles, en cada procesión, desfilarán los pasos y, tras ellos, una legión de penitentes. Algunos lo harán descalzos, porque así fue la promesa que hicieron de mortificar su cuerpo o porque quizás son auténticos arrepentidos. O a lo mejor, no.

Quizás lo hagan porque su casa se vio un día amenazada por la desgracia y, habiendo visto pasar cerca la muerte, se confiaron estremecidos a una promesa que ahora se disponen a cumplir tras la imagen de un Nazareno flagelado.

Sobre una columna de los Cuatro Cantones se ha pegado un pliego que reproduce el bando del alcalde para que todo el que sepa leer y escribir, que son los menos, tenga presente que:

“habiendo de celebrarse los augustos misterios a que la religión consagra los últimos días de la Semana Santa y exigiendo que en estos se guarde el mayor orden, decoro y compostura, cualidades que nunca desmintió el vecindario de Palencia, desde el Jueves Santo, una vez celebrados los Santos Oficios, y hasta el sábado, después del toque de Gloria, queda prohibido el tránsito por las calles de coches y carruajes. También queda prohibida la colocación de puestos de venta en la vía pública durante estos días y la venta ambulante a domicilio de cualquier objeto de comercio. Así mismo, se prohíbe que el Sábado Santo y Domingo de Pascua se disparen armas de fuego, cohetes, ni cualquier otra explosión de pólvora dentro de la población”. Y, por supuesto, quedaba prohibido el ejercicio de la mendicidad a las puertas de las iglesias.

Este bando, con alguna ligera modificación en su redacción, estuvo vigente, año tras año, desde finales del siglo XIX hasta bien entrada la década de los años sesenta. Durante más de un siglo, lo único que cambia es la fecha y el nombre del alcalde que lo firma.

Es Miércoles Santo. En este templo de San Francisco, a esta misma hora, están concluyendo los ejercicios dogmático-morales que, dirigidos exclusivamente para hombres, se han celebrado durante nueve días llenando cada tarde la iglesia para escuchar los sermones del

Padre Madrigal, que es un padre jesuita docto en oratoria, cuyos sermones son magistrales.

Al otro lado de la plaza, en la Casa Consistorial, hay reunión de municipales. Todos los miércoles se convoca pleno municipal, y la Semana Santa no es una excepción. Aunque otra cosa es que los ediles asistan y el cabildo concejil se pueda celebrar.

La Semana Santa, que en cierto sentido altera o trastoca la rutina de la ciudad, no parece afectar a nuestros políticos. Pues por extraño que resulte, hay años de campaña electoral en plena Semana Santa y años en los que se renueva parcialmente la corporación con la toma de posesión de nuevos concejales. Será Semana Santa pero esto es lo que establece la ley. Y como dijo Jesús: a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

A principios del pasado siglo hubo dos alcaldes que tomaron posesión de su cargo en pleno Jueves Santo. Y hubo otro que dimitió de alcalde en plena Semana Santa. Es decir, que mientras uno concluyó su calvario en el Ayuntamiento, otros dos iniciaron su vía crucis al frente de los destinos del municipio durante la Semana de Pasión.

Mientras que en las cofradías se ultiman los preparativos para las procesiones de mañana y del viernes, en el Ayuntamiento se dilucida quién asistirá representando al municipio.

La presencia municipal en las procesiones es tan exigua que llegará un día, a finales de los años veinte, que el alcalde Severino Rodríguez Salcedo imponga la obligación de que todos los concejales - la corporación municipal en pleno- deberán asistir a los desfiles de la Semana Santa y así se evitarán las críticas que por su menguada presencia y asistencia a las procesiones suelen recibir desde la prensa local.

Mañana es Jueves Santo y Judas venderá a Cristo por 30 monedas. Hoy (Miércoles Santo) en el pleno del ayuntamiento se acuerda que este año no habrá ayuda para las cofradías por falta de dinero. Las monedas de Judas eran de plata y las del ayuntamiento son de cobre.

30 monedas, 30 pesetas, con las que las cofradías pagan la presencia de la Banda de Música en las procesiones. La palabra subvención aún no se estila y se habla de esta ayuda como de limosna municipal. Al final, la Banda asistirá a las procesiones aunque sea por cuenta de las cofradías.

Es Jueves Santo y comienza la festividad que culmina el credo cristiano.

Todavía no ha amanecido. El reloj de la catedral da la hora y son las seis de la mañana, que es un tiempo canónico de maitines al que no sé si calificarlo cómo primera hora de la mañana o última de la noche,

porque a esa hora la noche sigue siendo noche oscura de cielo estrellado sin atisbo de aurora.

A esta hora, en el hospital de San Bernabé el obispo administra bajo palio la comunión a los enfermos.

Es una ceremonia tan antigua como quizás lo es el propio hospital. Y se ha convertido en una tradición, dentro de la Semana Santa palentina, que el obispo dé de comulgar a los enfermos el mismo día en el que Jesús instituyó la Eucaristía.

Cualquier hora es buena para reconfortar el alma. Pero a las seis de la mañana no deja de ser una hora incómoda y comprometida para el alcalde, algún concejal insomne, el gobernador civil, el presidente de la Diputación y algún militar con mando en la plaza, que se ven obligados a acompañar al obispo en su recorrido por las salas del hospital. Y para mayor solemnidad, la comitiva se hace escoltar en su recorrido por la Banda Municipal de Música, cuyas notas musicales interpretando sin cesar la Marcha Real provocan más malestar que consuelo a los pobres enfermos de San Bernabé.

Trascurren las primeras horas del Jueves Santo y se agota la Cuaresma, que a partir de las tres de la tarde de hoy dará paso al comienzo del Triduo Pascual.

Al canto del *Gloria in excelsis*, todas las campanas de la ciudad enmudecen hasta el Sábado de Gloria. Las calles comienzan a estar silentes y el silencio sólo se verá roto cada vez que los

desacompañados relojes de la catedral y del ayuntamiento –que son los dos relojes que tiene la ciudad- marquen las horas cada uno a su ritmo.

La tarde de este jueves será una tarde de efusiones eucarísticas con la consagración de los santos óleos y la comunión general. Será la tarde de la función del Lavatorio, la del beso traidor de Judas, la del despojo de altares, la de la visita a los monumentos y la de la primera procesión que recorrerá las calles de la ciudad con la Oración del Huerto.

Son las tres; la hora nona. La catedral ha vuelto a llenarse de feligreses. Todos quieren presenciar la función del Lavatorio como recordatorio de la última cena que Jesús celebró con sus apóstoles. Una enseñanza de humildad que ahora se reproduce con el protagonismo del obispo lavando los pies a doce pobres acogidos en la casa de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

Son doce hombres a los que por tradición -y por caridad de alguna familia adinerada- se les sirve una suculenta comida en el palacio episcopal y a los que se adecenta y viste con ropa nueva. Porque dar de comer al hambriento y vestir al desnudo son obras de misericordia y hoy, Jueves Santo, es el día del amor fraterno

Son pobres envidiados por sus compañeros de asilo al conocer el menú que, bajo la mirada compasiva de las autoridades civiles, han compartido en el palacio episcopal: sopa de arroz con almejas, potaje con huevos, bacalao a la vizcaína, sardinas fritas, tortilla francesa,

merluza rebozada, escabeche de besugo con aceitunas y de postre: arroz con leche, naranjas, queso y pastas. Sin duda alguna, el mejor banquete que jamás habían visto ni probado.

Mientras que en la catedral y otras iglesias se van celebrando los Santos Oficios, en San Pablo los hermanos de la Vera Cruz ultiman el inicio de la primera procesión de la Semana Santa palentina.

El paso de La Oración del Huerto se decora y adorna con los ramos olorosos de romero y hierbabuena que los cofrades huertanos han arrancado en sus huertos para adornar profusamente el paso que escenifica la angustia de Jesús en el huerto de Getsemaní.

Algunos de esos ramos proceden de la ribera del Carrión. De un terreno oficialmente conocido como la huerta de la mitra, porque es la huerta de la que se abastece el obispado, y que algunos ya han empezado a denominar a ese paraje como las huertas del obispo, porque de ser una huerta se ha pasado a que sean treinta.

En una Semana Santa se conoció el nombramiento de Ramón Barberá como nuevo prelado de Palencia. En la Semana Santa del año siguiente, el nuevo obispo dividió la huerta episcopal en treinta parcelas que fueron cedidas a una treintena de familias pobres de la ciudad para que tuvieran un medio de subsistencia. Está claro que el obispo Barberá fue el precursor de los huertos urbanos en Palencia con esta acción caritativa.

El sol, que ha iniciado su ocaso, proyecta sus últimos rayos de luz sobre la fachada de San Pablo. Son las seis de la tarde y los cofrades de la Santa Vera Cruz inician la procesión de La Oración del Huerto acompañados por los hermanos nazarenos y franciscanos, que así es cómo aún se conoce a los cofrades del Santo Sepulcro y que en 1906 han modificado su negro hábito penitencial cambiando la capucha por lo que la prensa local define como cucuruchos al estilo sevillano.

Son tres pasos, tres imágenes que representan las primeras horas de la Pasión de Cristo. Tras el paso de la Oración del Huerto desfilarán, como cada año, "El Azotado", que es como los viejos cofrades de la Vera Cruz llaman a la imagen de Jesús atado a la columna. Y tras éste, el Ecce Homo, al que también llaman "El Coronado";

En la misma plaza de San Pablo, en el asilo, los protagonistas del Lavatorio reposan de su intensa jornada. Reflexionan y meditan por la suerte que han tenido al ser elegidos para esta ceremonia, mientras una monja mira por la ventana entre visillos santiguándose al paso de las imágenes sagradas

El cortejo enfila su camino con dirección a la calle Mayor Antigua, llamada en otros tiempos la Rúa por ser la calle principal de una ciudad que en la Edad Media se desarrolló longitudinalmente a la vera del Carrión y que desde hace siglos conoce el paso de las procesiones.

Camino del obispado, la procesión pasa frente al convento de las Dominicas, donde algunas monjas rezan desde el coro mientras otras concluyen la instalación del monumento.

Al llegar al palacio episcopal, el prelado sale al balcón para bendecir la procesión y se incorpora a la misma para mayor solemnidad. La procesión, con sus imágenes y sus penitentes, sigue el itinerario que les conducirá hasta la calle Mayor tras cruzar las plazas de Cervantes y de la catedral, malamente iluminadas.

Porque la luz eléctrica se inauguró en Palencia también en una Semana Santa, la de 1891. Y aunque apenas han pasado diez años, el ayuntamiento tiene tan pocas luces (300 lámparas) que difícilmente se pueden iluminar –y bien- todas las calles. Y para que las procesiones sean más vistosas, el alcalde pide a los vecinos que tienen luz eléctrica en sus casas que iluminen sus balcones y ventanas, pues no sólo contribuirán a dar mayor esplendor al cortejo, sino que además harán más fácil que la Banda Municipal pueda interpretar su repertorio al poder ver mucho mejor las partituras.

La noche del Jueves Santo es una noche triste y oscura para el alma. Es la noche para cumplir la piadosa costumbre de recorrer los monumentos.

Siete estaciones. Siete visitas cuyo recorrido puede comenzar en la catedral tras la finalización del lavatorio y los oficios. Y en cada estación, el rezo de un padrenuestro, un avemaría y un gloria.

De la catedral al Noviciado. Del Noviciado a las Dominicas. De aquí a San Pablo y después a las Esclavas, las Carmelitas y las Agustinas, tanto las Recoletas como las Canónigas. Y después, las parroquias. Y también las Claras, que están de camino entre La Compañía y San Lázaro. Quizás, por medio, se vea el paso de la procesión.

Los monumentos se decoran con lienzos y paños de colores morados, blancos y dorados. Se adornan con las primeras flores de la primavera y se iluminan con los cirios y velas que se han comprado en la tienda de Julián Díez porque son de plena confianza.

Son hachones, velas y cirios que compra en Vitoria porque están fabricados de acuerdo al sistema bendecido por el Papa León XIII y su elaboración se ajusta al Registro de la Sagrada Congregación de Ritos.

En el interior de los templos el ambiente se va impregnando de una mezcla de sahumerio de incienso, ceras y oraciones.

La visita a los sagrarios es todo un acontecimiento social y no extraña que el alcalde haya prohibido en su bando la formación de grupos de curiosos ante las puertas de iglesias, ermitas y conventos.

Algún año, el prelado, si no acude a la procesión, visita los sagrarios acompañado de los doce pobres protagonistas del Lavatorio emulando el cortejo mesiánico de Jesús y sus discípulos. El gobernador militar da vistosidad a sus visitas haciéndose acompañar por los oficiales del regimiento de Talavera vestidos con uniforme de gala. Los

seminaristas también recorren en grupos los monumentos. Y los soldados del regimiento de Talavera lo hacen por pelotones.

Ellas –algunas- lucen la nueva mantilla, porque la Semana Santa no es solo un tiempo de recogimiento y penitencia, sino que también es un tiempo de alarde social. Y podrán presumir con la nueva mantilla goyesca que han comprado en el comercio de Polo o exhibir en sus jaculatorias el nuevo rosario y el renovado devocionario adquirido en la tienda de Abundio Zurita; que además de editar El Día de Palencia, vende rosarios de plata, nácar, aluminio y cristal y dispone de un amplio surtido de publicaciones religiosas cuya lectura en estos días de Pasión ya se ha encargado muy bien de recomendar desde las páginas de su periódico.

Los monumentos de las parroquias y conventos van siendo visitados por todas las clases sociales con un entrar y salir de gente que no cesa. Pero a las nueve, todos parecen querer acudir a la catedral para ver la función del Prendimiento.

En el interior de la catedral los cofrades nazarenos se disponen a representar el Prendimiento con una sencilla y tradicional ceremonia en la que el silencio respeta el misticismo de un acto tan piadoso y de tanto significado como el apresamiento de Jesús en Getsemaní.

Los hermanos nazarenos llegan en procesión desde su capilla hasta la catedral. Golpean la puerta que llaman de los Canónigos con tres toques y entran al interior de la seo en la que adorarán al Santísimo

cantando un miserere y rezando tres padrenuestros. Ese era el tradicional y piadoso ceremonial de la función del prendimiento.

Pasarán los años y pasarán las semanas de Pasión. Pasará el respeto y pasará el silencio Y en la catedral se harán más notorios los ruidos, las conversaciones y los gritos de quienes acuden a presenciar una ceremonia con tanta falta de respeto que representarán a la perfección su necedad, pues con su vocerío y alborozo recuerdan a la chusma iracunda que en la noche del Jueves Santo pidió ante Pilatos la condena de Jesús.

En la madrugada del Viernes Santo, en alguna de las iglesias o capillas, los integrantes de la Adoración Nocturna cumplen con la Vigilia General del Jueves Santo. Hasta el rezo de la oración o el silencio de la meditación llega desde el exterior el sonido lejano de una trompeta en la calle: es el tararú.

En la tenebrosidad de la noche, en una calle se oyen unas pisadas y se ve que se acercan unas luces. Son los faroles con los que una cuadrilla de cofrades se alumbra en su misión de recorrer las lóbregas y estrechas calles de la ciudad cumpliendo el mandato de la llamada a los hermanos.

Son poco más de las cinco de la madrugada cuando los últimos cofrades y adoradores nocturnos se cruzan en las calles con lo primeros fieles que van camino de la catedral para asistir al Sermón del Mandato que predicará un canónigo a las cinco y media.

Es Viernes Santo y aún queda tiempo durante las primeras horas del día para recorrer los monumentos por si no se hizo la víspera o por si aún queda alguna estación por hacer.

En las iglesias, los Oficios se sucederán durante la mañana antes de que el Nazareno inicie su camino hacia el Gólgota. En La Compañía, a las siete y media; en San Lázaro, a las ocho; en Santa Marina, a las nueve.

El Viernes Santo es un día de misericordia y de dolor. A las once comienza la procesión de Jesús camino del Calvario.

Cofrades con hábito y penitentes descubiertos conforman un cortejo solemne y majestuoso en el que los pasos de la cofradía nazarena muestran al vecindario las dolorosas horas finales del Hijo de Dios en la Tierra.

Los pesados pasos, ejecutados a finales del siglo XVII, son portados por costaleros contratados por la cofradía. Primero, la Verónica; después, el Alzamiento de la Cruz; a continuación, el paso de Longinos. Y cerrando la procesión, a hombros de sus cofrades, Jesús el Nazareno portando su pesada cruz redentora ayudado por el Cirineo y escoltado por guardias civiles con uniforme de gala. El Redentor es acompañado con todos los honores.

Son los mismos pasos que desde hace dos siglos recorren las calles de Palencia reviviendo el doloroso camino hacia el Calvario. El cortejo procesional se repite año tras año sin novedad alguna.

Un año (1905) algunas de las imágenes sorprenderán con la restauración hecha por el artista Mariano Lantada que ha borrado las huellas de deterioro que el paso del tiempo había ido dejando sobre ellas.

No será hasta 1914 cuando en esta procesión figure una imagen de María representada por una Virgen Dolorosa. Unos años antes, a Simón de Cirene se le ha renovado su ajada túnica por la que le han regalado los hermanos cofrades de la Soledad. Y unos años después, la novedad de esta procesión será la túnica que una devota ha regalado al Nazareno.

La llegada de la procesión se anticipa y anuncia con los lánguidos alaridos de esa trompeta que aquí llamamos tararú en una mañana de nítido cielo azul.

Al llegar a Santa Marina, la procesión pasa frente al cuartel de caballería, donde un oficial ordena que forme la guardia y rinda honores al paso al Hijo de Dios.

Los pies descalzos de los penitentes han comenzado a caminar por unas calles sin asfalto ni pavimento. Y aunque el alcalde ha ordenado que se limpie el barro que aún queda del invierno, los pies de los flagelantes se empiezan a lastimar con los cantos y la tierra del camino. Porque así son las calles de Palencia: polvo en verano y lodazal en invierno.

Al cruzar la plaza de Cervantes ya se ven las primeras huellas de sangre que dejan los pies desollados de los penitentes. ¡Pero qué importa, si a mayor sufrimiento, mayor penitencia! Y así es cómo un penitente, que todas las semanas santas camina descalzo por delante de la imagen del Nazareno, se consuela y calma el dolor de sus pies y el peso de su cruz repitiendo la misma plegaria:

Este que ves, Jesús crucificado / sana los cuerpos y las almas cura / Impávido resisto los golpes de dolor / porque Él me ampara / y a través de mi vida borrascosa / siento en torno la ayuda poderosa/ del santo crucifijo que invocara.

La Banda Municipal cierra el cortejo en pos de la imagen de Jesús y el Cirineo. Y aunque Jesús aún está vivo... la música ya suena a marcha fúnebre.

Al llegar a la plaza de la catedral el cortejo hace una nueva pausa. Los penitentes descansan de las pesadas cruces que portan sobre sus hombros y los mercenarios que cargan los pasos a cambio de unas perras hacen lo mismo aprovechando la parada para reponer fuerzas escanciándose un buen trago de vino.

La presencia de estos costaleros menoscaba esta procesión en la que ni su solemnidad ni su liturgia salen bien paradas. Pues estos veintiséis ganapanes, descuidados en su aseo y ataviados con unas viejas túnicas de percalina sucia, aprovechan las frecuentes paradas de la procesión para reponer fuerzas y cobrar energías haciendo respetables tientos a una bota de vino que llevan estratégicamente colgada debajo del paso. Y cuando la procesión llega al final, los

costaleros no tan solo muestran unos rostros sudorosos por el esfuerzo realizado, sino que también muestran unos ojos bastante chispeantes.

Este espectáculo tan poco enfervorizador se suprimió a partir de 1921, cuando los pasos nazarenos pasaron a desfilarse en carrozas tiradas por caballos.

Es mediodía y en San Francisco da comienzo el Sermón de las Siete Palabras mientras la procesión continúa su recorrido pasando frente a La Compañía.

El cortejo cruza los Cuatro Cantones y continúa calle arriba por Don Sancho y el Portal de Inquisidores. Pasa ante el convento de las Claras y la iglesia de San Lázaro para ir buscando la calle Mayor tras atravesar las calles de La Puebla, que en realidad no es más que un barrio insalubre donde anida la miseria y la pobreza; donde la vida se convierte en dura supervivencia y en el que entre sus vecinos abunda un peculiar y rico repertorio de desheredados.

Un guardia municipal se anticipa al cortejo. El bando del alcalde prohíbe en estos días el ejercicio de la mendicidad, pero en la puerta de San Lázaro unos pobres imploran la caridad cristiana. Ante la presencia del guardia se echan a correr camino de La Puebla para esconderse. ¿Qué otra cosa pueden hacer si no es mendigar cuando más de la mitad de la ciudad vive en la pobreza?

A Jesús le han ridiculizado colocándole en el stipes de su cruz un letrero en el que se lee INRI. Y aquí, para más inri, el alcalde ha

ordenado que los pobres que sean de solemnidad deben llevar una placa que los identifique como menesterosos autorizados por él para poder implorar la caridad. ¡Que Dios perdone a este alcalde, porque no sabe lo que hace!

Tras pasar frente al convento de San Juan de Dios, la estrechez de las calles de La Puebla apenas deja espacio para el desfile de los pasos. La procesión desemboca en la calle principal a través de la de San Bernardo y el Nazareno encamina su recta final por una calle Mayor que se convierte en nuestra particular vía Dolorosa.

Tras cruzar La Puebla, y ver al vecindario que han visto, es posible que el alcalde y los pocos concejales que le acompañan quizás piensen que los de la Junta Local de Sanidad tienen razón con el manifiesto que le han hecho llegar la víspera del Jueves Santo pidiéndole la adopción urgente de una veintena de medidas para acabar con la miseria y la pobreza con la que se vive en la ciudad.

Tres toques, tres campanadas de reloj anuncian que son las tres de la tarde. Todo se ha cumplido y Cristo ha muerto. Santiguamientos y oraciones interrumpen la comida de vigilia.

A las cuatro, en La Compañía, último sermón de las Siete Palabras. Y a las seis, la salida de la procesión del Santo Entierro, que es la más solemne de todas por su significado.

La organizan las cofradías de Las Cinco Llagas y la de Nuestra Señora de La Soledad. Antes de las seis, el gentío ya se ha agrupado

detrás del ayuntamiento para ver la salida de la Virgen. En la calle Mayor, frente al convento de las Canónigas, los cofrades franciscanos esperan la llegada de los hermanos de la Vera Cruz y de los Nazarenos. Y una vez realizado el encuentro, todos juntos caminan calle Mayor abajo hasta el colegio de Villandrando desde donde acompañarán a la Soledad hasta La Compañía para recoger el cuerpo yacente de su Hijo.

La procesión recorre el itinerario de costumbre. Los batidores del regimiento de Talavera abren solemnemente el cortejo montados a caballo. La Guardia Civil escolta a los pasos de la Virgen y del Santo Sepulcro con los fusiles a la funerala como marcan las ordenanzas. Es el entierro de Cristo y el ceremonial lo presiden las máximas autoridades eclesiásticas, civiles y militares.

Los seminaristas se van turnando para llevar las andas de las imágenes de la Soledad y del Yacente bajo un incesante rezo de oraciones. Los cofrades de la Venerable Orden Tercera se han sumado a la procesión con una imagen de la Piedad y los franciscanos llevan a hombros una imagen de su santo titular.

Por delante del paso de la Virgen desfilan en el cortejo mujeres orantes cuya cabeza se cubre con velo o mantilla. Y detrás de la Soledad van las penitentes. Algunas caminan descalzas. Las hay que comprimen su hábito o vestido con un cíngulo y las hay que se han ceñido una corona de espinas sobre su cabeza.

De nuevo la calle Mayor es una vía dolorosa; dolorosa para la Virgen en cuyo semblante se refleja y personifica el dolor.

Los más devotos rezan al paso de la Virgen. Se santiguan, se arrodillan y sienten que el alma se estremece. Hay quien mira la cara de La Soledad y ve en ella la intimidad del alma maternal, interpretando el corazón lacerado y dolorido sobre cuyas mejillas se deslizan unas lágrimas.

El luto que se impone en esta noche sólo se rompe con los rezos de los seminaristas, la salmodia de las estrofas del miserere tras el cuerpo de Cristo y las marchas fúnebres que la Banda de Música interpreta cerrando el cortejo. Y en los intermedios de esas marchas, el sonido lento y fúnebre del redoble de un par de tambores.

Los más curiosos admiran y comentan las nuevas túnicas de los cofrades de La Soledad confeccionadas en el comercio de Manuel Polo, que es hermano de la cofradía. La Soledad es la hermandad de las familias con recursos, y en 1912, estrenan un hábito al estilo de los sevillanos: túnica de terciopelo con bordados dorados y con cola y media de largo.

El cortejo está llegando al final de su recorrido. En Los Cuatro Cantones tiene lugar la emocionante despedida de la Virgen hacia su Hijo y el cuerpo de Cristo es llevado a La Compañía por la penumbrosa calle de la Cestilla, dejándose iluminar por el resplandor de los cirios y

faroles, mientras La Soledad continúa camino hacia su capilla, donde será despedida con el canto de la Salve.

La trágica jornada del Gólgota se da por concluida.

A las fúnebres ceremonias de los días anteriores, se suceden ahora las más alegres del Sábado Santo.

La misa de Resurrección aún se sigue celebrando el sábado a primera hora de la mañana porque es el Sábado de Gloria y deberán pasar muchos años hasta que con el Papa Pío XII se reforme la liturgia y la Resurrección pase a celebrarse en la noche de este día.

Amanece el sábado y en la catedral, con la celebración de los oficios propios del día a las ocho de la mañana, comienza un tiempo nuevo con la bendición del fuego, la consagración de la pila bautismal y la misa de Gloria.

Al canto del *Gloria in excelsi* se rompe el silencio. Los badajos abandonan su quietud y las campanas catedralicias comienzan a repicar anunciando al vecindario que la vida ha triunfado sobre la muerte y la luz sobre las sombras.

Se descorren los velos y los paños que durante la Cuaresma han ocultado las imágenes de altares y retablos. Se entona el Aleluya y concluye el tiempo de penitencia. Desaparecen los lutos del espíritu y la vida cotidiana comienza a retornar a su rutina.

Entramos en tiempo de Pascua con un Domingo de Resurrección que amanece despertando al vecindario con el tañido incesante de unas campanas que repican a gloria.

A las seis y media de la mañana, en el convento de San Pablo los cofrades de la Vera Cruz participan en la ceremonia del Rompimiento del Velo. Y cuando las primeras luces del día iluminan el interior del convento, en la plaza de San Pablo se escenifica la procesión del Encuentro.

A las once, la calle Mayor verá pasar la última procesión de la Semana Santa, en la que los protagonistas ya no son los cofrades y penitentes de hace unos días y unas horas, sino los niños de todas las parroquias de la ciudad que a las ocho de la mañana de este domingo glorioso han celebrado su primera comunión en la iglesia de Nuestra Señora de la Calle.

La Semana Santa concluye con un programa que se ha cumplido a la perfección donde no han faltado los penitentes en las procesiones que, llorando por sus anteriores flaquezas, han hecho promesa de no volver a las mismas rechazando cualquier tentación maligna.

La Semana Santa se ha celebrado en Palencia, según costumbre de hace siglos, con la pompa y majestuosidad debidas a los sacrosantos recuerdos que se conmemoran y casi con el respeto y devoción que imponen el sentido religioso. Pues el bando del alcalde ha sido incumplido y ha habido que sancionar a los tahoneros que vendieron

pan en los días de Pasión y multar a diez borrachos y siete blasfemos por su comportamiento escandaloso. Para los mendigos no hay sanción. Da lo mismo; si al fin y al cabo, no tendrán con qué pagar.

La ciudad vuelve a ser la que fue antes de Cuaresma. En el parque del Salón se podrá bailar al son del animado repertorio de pasodobles y polkas que entre las cinco y seis de la tarde interpretará La Banda Municipal de Música.

Quien disponga de 20 céntimos podrá gastarlos por una butaca en el Principal, donde se ofrece al público algo nunca visto como es la presentación del FONOCINEMATÓGRAFO: espectáculo que se anuncia como la unión del fonógrafo y del cine que, avalado por sus proyecciones exitosas en Santander y Bilbao, ofrece a los palentinos la posibilidad de ver La Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, ni más ni menos que en color.

Mañana, lunes, la ciudad volverá a ser la de siempre. Los manteros volverán a su actividad, los tejeros a la suya y los parados a su lugar cotidiano bajo los soportales de los Cuatro Cantones frente al Casino, que es como la oficina de colocación de la época, donde esperarán que surja algo que les permita llevar a casa un jornal y poder tener pan y algo que comer durante unos días.

De niño conocí las reminiscencias de esta Semana Santa de la que les he hablado. Recuerdo las procesiones en las que los cofrades desfilaban con cirios y velas y aún había penitentes descalzos que con grilletes arrastraban cadenas.

La invitación para ofrecer este pregón me ha dado la oportunidad de recordar muchas vivencias que permanecían adormiladas en algún rincón de mi memoria.

Una memoria que cada Miércoles Santo se apena al revivir la imagen de mi madre planchando primorosamente la túnica de mi padre, hermano de la cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia, y cuya silueta aún percibo cada vez que veo la procesión del Vía Crucis de este día.

Reitero mi agradecimiento a la Hermandad de Cofradías por esta oportunidad que me ha otorgado en el preámbulo de nuestra Semana Santa de ser su pregonero.

Y deseo a las cofradías que el mayor enemigo que hasta ahora tienen, que es la lluvia, no haga acto de presencia.

Muchas gracias por la atención que me han dispensado esperando no haberles decepcionado.

Gracias y buenas noches.